

PARSIFAL

FESTIVAL SAGRADO EN TRES ACTOS

TRADUCIDO POR

E. FUMEY

PERSONAJES

AMFORTAS.
GURNEMANCIO.
KLINGSOR.

TITUREL.
PARSIFAL.
KUNDRIA.

CABALLEROS DEL GRAL Y ESCUDEROS.—HECHICERAS DE
KLINGSOR

Sitio de la acción: El dominio y castillo de los guardianes del Gral en Montsalvat; el aspecto de la comarca es el de las montañas septentrionales de la España gótica.—El castillo encantado de Klingsor en la vertiente meridional de las mismas montañas, figurando estar situado de frente á la España árabe.—El traje de los caballeros del Gral y de los escuderos, como el de los templarios: armaduras blancas y capas; pero en vez de la cruz roja, una paloma volando bordada en el escudo y en la capa.



ACTO PRIMERO

Bosque umbroso y triste, pero no obscuro. Terreno rocalloso. Un claro en el medio. A la izquierda el camino que conduce al castillo del Gral. En la parte central del fondo, el terreno se ahonda, formando un lago.—Amanece.—Gurnemancio (viejo robusto) y dos escuderos (jóvenes de corta edad), duermen tendidos debajo de un árbol. A la izquierda, procedentes del castillo del Gral, se oyen los alegres acordes de las trompetas que tocan diana.

GURNEMANCIO (despertando y sacudiendo á los escuderos). — ¡Sús, guardianes! ¡Ea, dormilones! ¡velad á lo menos por la mañana! (Los dos escuderos se levantan y caen avergonzados de rodillas). ¿Oís el toque de llamada? ¡Dad gracias á Dios que os ha concedido oírla! (Se arrodilla con ellos; rezan juntos la oración matutinal; cuando las trompetas cesan, se levantan). ¡Levantáos, muchachos! Id á ver si está pronto el baño; ya es hora que esperéis allí al rey; allá se acercan los mensajeros que preceden su litera. (Salen dos caballeros por el lado del castillo). ¡Salud! ¿Qué tal está hoy Amfortas? Me parece que se dirige muy temprano al baño. Supongo que la hierba medici-

nal que Gawan ha obtenido con tanta astucia como temeridad, le habrá producido algún alivio.

PRIMER CABALLERO.—Y ¿tú lo supones, tú que todo lo sabes? Ha recrudecido el dolor y por cierto con más intensidad que antes: no le ha dejado cerrar los ojos en toda la noche y por esto mandó disponer temprano el baño.

GURNEMANCIO (bajando con tristeza la frente).— ¡Es locura esperar si el único alivio para él consiste en la salud! Ya podéis buscar y probar todas las hierbas y todas las pócimas del mundo: no hay sino un remedio; uno solamente.

PRIMER CABALLERO.— ¡Dílo pues!

GURNEMANCIO (evasivamente).— ¡Cuidad del baño!

PRIMER ESCUDERO (dirigiéndose hacia el fondo con el otro escudero y mirando hacia la derecha).— ¡Miradla, allá, la salvaje amazona!

SEGUNDO ESCUDERO.— ¡Cómo ondean las trenzas de aquella diabólica mujer!

PRIMER ESCUDERO.— Sí, es Kundría.

SEGUNDO ESCUDERO.— ¿Quién sabe si trae noticias importantes?

PRIMER ESCUDERO.— ¡Con qué vertiginosa rapidez se acerca!

SEGUNDO ESCUDERO.— ¿Ha cruzado los aires volando?

PRIMER ESCUDERO.— Ahora se arrastra por el suelo.

SEGUNDO ESCUDERO.— Barre el musgo con las trenzas.

PRIMER ESCUDERO.— Ya baja, la salvaje. (Kundría entra precipitadamente, casi corriendo. Traje burdo y alto de cintura; cinturón de piel de sierpes colgando; pelo negro y esparcido en trenzas ondeantes; tez de un pardo rojizo subido; ojos negros y penetrantes, á veces de mirada feroz, á menudo como cadavéricos é inmóviles.—Se acerca apresuradamente á Gurnemancio y le entrega un frasco de cristal).

KUNDRÍA.— ¡Toma, aquí tienes el bálsamo!

GURNEMANCIO.— ¿De dónde lo trajiste?

KUNDRÍA.— De mucho más lejos de lo que puedes presumir. Si este bálsamo no es eficaz, te aseguro que la Arabia no encierra otro que pueda curarle. No preguntes más, porque estoy fatigada. (Se tiende en el suelo. Un séquito de escuderos y caballeros comparecen por la izquierda llevando y acompañando la litera en que está echado Amfortas. Gurnemancio se aparta de Kundría y se dirige hacia el cortejo).

GURNEMANCIO (mientras el cortejo llega al escenario).— Ya se acerca: le traen en andas. ¡Ay! ¡Cuánto me pesa ver al rey del más glorioso linaje, esclavo de una camilla en la flor de la edad! (A los escuderos). ¡Mucho cuidado! ¿Oís? El rey gime.

(Aquéllos se paran y depositan la litera).

AMFORTAS (incorporándose levemente).— ¡Buena! Gracias! ¡Dejadme descansar un poco! Después de una noche de crueles sufrimientos, bueno es contemplar la magnificencia del bosque iluminado por la aurora; la ola del lago sagrado me refrigera, me alivia: el dolor se aplaca y se aclara la noche tormentosa. ¡Gawan!

PRIMER CABALLERO.— Señor, Gawan no quiso aguardar. Viendo que la virtud de la hierba obtenida á costa de tantos sacrificios frustró tu esperanza, ha corrido en busca de otro remedio.

AMFORTAS.— ¿Sin mi permiso? ¡Ya expiará su desobediencia á los preceptos del Gral! Si ese hombre atrevido y obstinado cae en los lazos que le tiende Klingsor, ¡pobre de él! Que nadie perturbe mi paz. Espero la venida del predestinado. «El loco casto...» ¿No es así?

GURNEMANCIO.— Así nos lo dijiste.

AMFORTAS.— «Iluminado por la compasión...» Creo que le reconozco. ¡Ojalá pudiera llamarle: la muerte!

GURNEMANCIO.— No tan pronto, señor; primero

prueba de este bálsamo. (Le da el frasco de cristal).

AMFORTAS (contemplándolo).—¿Quién ha traído este frasco misterioso?

GURNEMANCIO.—De la Arabia ha venido para ti.

AMFORTAS.—¿Quién lo ha encontrado?

GURNEMANCIO.—Esa mujer salvaje que ves allí tendida. ¡Kundría! ¡Levántate, ven acá! (Ella se resiste).

AMFORTAS.—¿Tú, Kundría? ¿Otra vez te haces acreedora á mi agradecimiento, incansable y feroz muchacha? ¡Veamos! Quiero probar también ese bálsamo; más que sea para demostrarte mi gratitud por tu fidelidad.

KUNDRÍA (tendida en el suelo é inquieta).—¡No me des gracias! ¡Ja, ja! ¿Crees que eso te servirá de algo? ¡No me des gracias! ¡Véte, véte! ¡Al baño!

(Amfortas da señal de partir; el cortejo se aleja hacia el fondo.—Gurnemancio, apesadumbrado, le sigue con la vista y Kundría permanece tendida en el suelo; ambos se quedan. Los escuderos van y vienen).

TERCER ESCUDERO (muchacho joven).—¡Eh! tú! ¿Cómo estás ahí tendida, como un animal salvaje?

KUNDRÍA.—¿No son sagrados los animales en esta tierra?

TERCER ESCUDERO.—Sí. Pero, ¿quién ha dicho que tú seas sagrada?

CUARTO ESCUDERO.—Me temo que con su mágico zumo acabará por arruinar completamente la salud de nuestro rey.

GURNEMANCIO.—¡Vamos! ¿Acaso os ha hecho algún daño á vosotros? En los mayores apuros, cuando se ha de enviar algún mensaje á los hermanos que luchan en lejanas tierras, y vosotros ni siquiera sabéis por dónde se va; ¿quién sino ella lo lleva y vuelve con fidelidad y con una prontitud de que apenas os dais cuenta? Ni le dais de comer, ni ella os trata, ni tiene nada común con vosotros; pero cuando el peligro amenaza y necesitamos ayuda,

ella acude presurosa cruzando los aires y no pretende ni siquiera vuestro agradecimiento. ¿De qué la culpáis, pues, si el mal que le atribuíis redundá en beneficio vuestro?

TERCER ESCUDERO.—Sí; pero el caso es que nos odia. ¿No ves con qué desprecio nos mira?

CUARTO ESCUDERO.—Es una pagana, una hechicera.

GURNEMANCIO.—Sí; podrá ser una condenada y todo lo que queráis; ahora vive quizá una vida nueva para expiar las culpas de la pasada, que aún no le perdonó el cielo. Y si su expiación consiste en favorecer á la orden de caballería á que pertenecemos, por Dios que hace muy bien, porque nos sirve á nosotros y al mismo tiempo á sí misma.

TERCER ESCUDERO.—Pues entonces, ¿quién sino ella tiene la culpa de todas las desgracias que hemos sufrido hasta ahora?

GURNEMANCIO.—Sí; cuando ella ha permanecido mucho tiempo lejos de nosotros, nos ha ocurrido siempre algún desastre. Hace mucho que la conozco: pero Titurel la conocía de más tiempo todavía. Cuando consagró aquel castillo, la encontró durmiendo entre las malezas de este bosque, rígida, inmóvil, como muerta. Así la encontré también yo no hace mucho, poco después de ocurrirnos el desastre que nos trajo aquel malvado que vive allá en aquel monte. (A Kundría). ¡Eh! tú! Escucha y respóndeme: ¿dónde estabas cuando nuestro rey perdió la lanza? (Kundría se calla). ¿Por qué no nos ayudaste entonces?

KUNDRÍA.—Yo nunca ayudo.

CUARTO ESCUDERO.—Ella mima lo dice.

TERCER ESCUDERO.—Si es tan fiel y audaz como dices; si se interesa por nuestro bien, ¿cómo no la envías á buscar la lanza perdida?

GURNEMANCIO (con tristeza).—Eso es otra cosa: nadie puede hacerlo. (Muy conmovido). ¡Oh, lanza milagrosa y sagrada, que tantas heridas inferiste,

que tantos milagros obraste! Estos ojos han visto cómo te blandían manos sacrílegas! (Abismándose en su recuerdo). ¿Quién te impidió vencer al hechicero, oh temerario Amfortas! cuando estabas armado de esa lanza? Cerca del castillo, nuestro héroe nos fué arrebatado; una mujer extraordinariamente hermosa le encantó: se arrojó en sus brazos embriagado de amor y la lanza le cayó de la mano; oí un grito de terror; acudí precipitadamente: Klingsor desapareció riendo y mofándose, con la sagrada lanza en las manos. Yo ayudé al rey en su fuga luchando por él; pero le atormentaba una herida en un costado: es la herida que nunca quiere cerrarse.

TERCER ESCUDERO.—Pues así, ¿conociste á Klingsor?

GURNEMANCIO (dirigiéndose á los escuderos 1.º y 2.º que vienen del lago).—¿Cómo está el rey?

SEGUNDO ESCUDERO.—Parece que el baño le alivia.

PRIMER ESCUDERO.—El dolor se ha calmado con el bálsamo.

GURNEMANCIO (después de un breve silencio).—¡Es una herida que no quiere cerrarse nunca!

TERCER ESCUDERO.—Pero, padre, haz el favor de explicárnoslo. ¿Conociste á Klingsor? ¿cómo puede ser esto?

(A las últimas palabras de Gurnemancio, el tercero y cuarto escudero se habrán echado á sus pies; ahora se unen á ellos también los otros dos).

GURNEMANCIO.—Titurel, el héroe piadoso, le conocía muy bien. Cuando las artimañas y el poderío de los salvajes enemigos amenazaban el reinado de la verdadera fe, se le presentaron una vez, en noche solemne y sagrada, los bienaventurados mensajeros del Redentor. El cáliz sagrado, en que bebió en la última cena, el vaso bendito que recogió su sangre divina cuando estaba en la cruz, así como la lanza que lo derramó; estas reliquias preciosísi-

mas entre las más milagrosas, las entregaron á nuestro rey para que las guardara. Este erigió al efecto un santuario. Vosotros que habéis llegado á su servicio por caminos desconocidos á los pecadores, sabéis que sólo á los hombres puros les es dado unirse á los hermanos que, fortificados por las milagrosas virtudes del Gral, atienden á las más elevadas obras de salvación. Por esto, aquel por quien me preguntáis, Klingsor, no puede lograrlo por más padecimientos que le cueste. Al otro lado del valle se hizo ermitaño; á su alrededor se hallaba la lejana tierra de los paganos. Ignoro las culpas que allí habrá cometido; pero lo cierto es que se estableció allí para hacer penitencia y alcanzar por este medio la santidad. Impotente para dominar sus malas inclinaciones, pecó por su propia mano, la tendió hacia el Gral, siendo rechazada con desprecio por su guardián. Entonces, el furor que se apoderó de Klingsor, le enseñó que el ignominioso acto de su sacrificio podría servirle para ejercer funesto influjo; y lo encontró: un hechizo convirtió su desierto en jardín de voluptuosidad. En el mismo se crían mujeres de una gracia encantadora; allí espera á los caballeros del Gral para que gusten los placeres y sientan luego un horror infernal. El que se deja seducir, ya es suyo; y de este modo hemos perdido ya á muchos de los nuestros. Cuando Titurel, agobiado por el peso de los años, confió el poder á su hijo Amfortas, éste no se dió punto de reposo para conjurar la plaga del hechizo; ya sabéis lo que sucedió; la lanza se halla ahora en poder de Klingsor; y como con ella puede herir hasta á los santos, creen algunos firmemente que nos ha quitado también el Gral.

(Kundría se ha vuelto muchas veces repentinamente con furiosa inquietud).

CUARTO ESCUDERO.—¡Ante todo pensemos en recuperar la lanza!

TERCER ESCUDERO.—¡Qué gloria y qué honor para aquel que la devolviera!

GURNEMANCIO (después de un breve silencio).—Amfortas estaba arrodillado delante del santuario, huérfano de su más preciosa reliquia y rezaba con fervor, implorando un signo de salvación: entonces se desprendió del Gral una luz celeste y una figura fantástica y divina, le dijo, marcando bien las palabras: «El casto loco, iluminado por la compasión, espera al que yo he elegido.»

(Los cuatro escuderos repiten conmovidos estas palabras. Por la parte del lago se oyen gritos y exclamaciones de los caballeros y escuderos).

CABALLEROS Y ESCUDEROS.—¡Oh! ¡Ay, ay! Sús! ¿Quién es el criminal?

(Gurnemancio y los cuatro escuderos se sobresaltan y se vuelven asustados.—Un cisne silvestre viene revoloteando y alicaído, desde el lago; va herido, le cuesta sostenerse y cae agonizante al suelo.—Entretanto dice Gurnemancio:)

GURNEMANCIO.—¿Qué es eso?

PRIMER ESCUDERO.—¡Allá!

SEGUNDO ESCUDERO.—¡Mira! Un cisne silvestre.

TERCER ESCUDERO.—¡Un cisne silvestre!

CUARTO ESCUDERO.—Está herido.

OTROS ESCUDEROS (llegan presurosos por el lado del lago).—¡Ay, ay, ay!

GURNEMANCIO.—¿Quién ha matado al cisne?

SEGUNDO CABALLERO (saliendo).—El cisne revoloteaba sobre el lago; el rey le saludó como un feliz presagio, cuando, de repente, una flecha...

OTROS ESCUDEROS (trayendo á Parsifal).—¡Este es el que disparó la flecha! Hé aquí el arco! Hé aquí la flecha, igual á las que él lleva!

GURNEMANCIO (á Parsifal).—¿Eres tú quien ha matado á este cisne?

PARSIFAL.—Yo mismo. Al vuelo mato yo cualquier cosa.

GURNEMANCIO.—¿Tú lo hiciste? Y ¿no te acuerdas de la conciencia por este acto?

LOS ESCUDEROS.—¡Castiga al culpable!

GURNEMANCIO.—¡Crimen inaudito! Y ¿tú te atreviste á matarlo? ¿Aquí, en el bosque sagrado, de cuya paz disfrutabas? ¿Acaso los animales de esta selva no se acercaron á ti y te saludaron cordial y piadosamente? ¿Qué te dijeron las aves, cantando desde las ramas de los árboles? ¿Qué te hizo el cisne? Elevóse para buscar á su compañera y revolotear con ella sobre el lago y bendecir el baño prodigioso: ¿su vista no cautivó tu ánimo y te dejaste inducir puerilmente á dispararle una flecha? El ave nos era propicia: ¿qué has hecho? Mira, aquí la heriste: aún brota la sangre, tiene las alas caídas; su plumaje, blanco como la nieve, está manchado..., el ojo herido; ¿ves como mira? ¿Comprendes tu falta? (Parsifal le ha escuchado hasta aquí con creciente emoción: rompe su arco y arroja las flechas lejos de sí). ¡Habla, muchacho! ¿Reconoces tu gran culpa? (Parsifal se pasa la mano por los ojos). ¿Cómo pudiste cometerla?

PARSIFAL.—Yo no lo sabía.

GURNEMANCIO.—¿De dónde eres?

PARSIFAL.—No lo sé.

GURNEMANCIO.—¿Quién es tu padre?

PARSIFAL.—No lo sé.

GURNEMANCIO.—¿Quién te ha enviado aquí?

PARSIFAL.—Tampoco lo sé.

GURNEMANCIO.—¿Y tu nombre?

PARSIFAL.—Tenía muchos, pero ya no recuerdo ninguno.

GURNEMANCIO.—¿Nada de esto sabes? (Aparte). Hasta ahora no he encontrado á nadie más que á Kundría tan torpe como este muchacho. (A los escuderos, que se han ido reuniendo en número cada vez mayor). ¡Ahora, idos! ¡No descuidéis al rey que está en el baño! Ayudadle!

(Los escuderos han recogido respetuosamente el cisne y se alejan con él hacia el lago).

GURNEMANCIO (volviéndose otra vez á Parsifal).
¡Vamos á ver! Ignoras cuánto te pregunto: ahora dime lo que sabes, pues algo sabrás.

PARSIFAL.—Tengo una madre; se llama Herzeleide; vivíamos en el bosque y en parajes desiertos.

GURNEMANCIO.—¿Quién te dió el arco?

PARSIFAL.—Yo mismo me lo hice para ahuyentar las feroces águilas del bosque.

GURNEMANCIO.—No obstante, me pareces de noble linaje y de alta alcurnia: ¿por qué tu madre no te hizo aprender el manejo de armas mejores? (Parsifal se calla).

KUNDRÍA (tendida en un ángulo del bosque y fija la mirada en Parsifal, grita hacia el escenario con voz estridente):—A ese bastardo le parió su madre cuando Gamuret pereció en la batalla; la loca, para preservar al loco de su hijo de la muerte prematura de los héroes, le crió en el desierto, extraño á las armas. (Se ríe).

PARSIFAL (que la ha escuchado con mucha atención).—¡Sí! Una vez pasaron por el lindero del bosque unos hombres relucientes, montados en hermosos animales. Quise imitarlos; se echaron á reír y se alejaron. Yo los seguí, pero no pude alcanzarlos; crucé espesuras, subí á los montes, bajé á los valles; muchas veces me sorprendió la noche; otras tantas amaneció: mi arco me defendió de las fieras y de los hombres grandes.

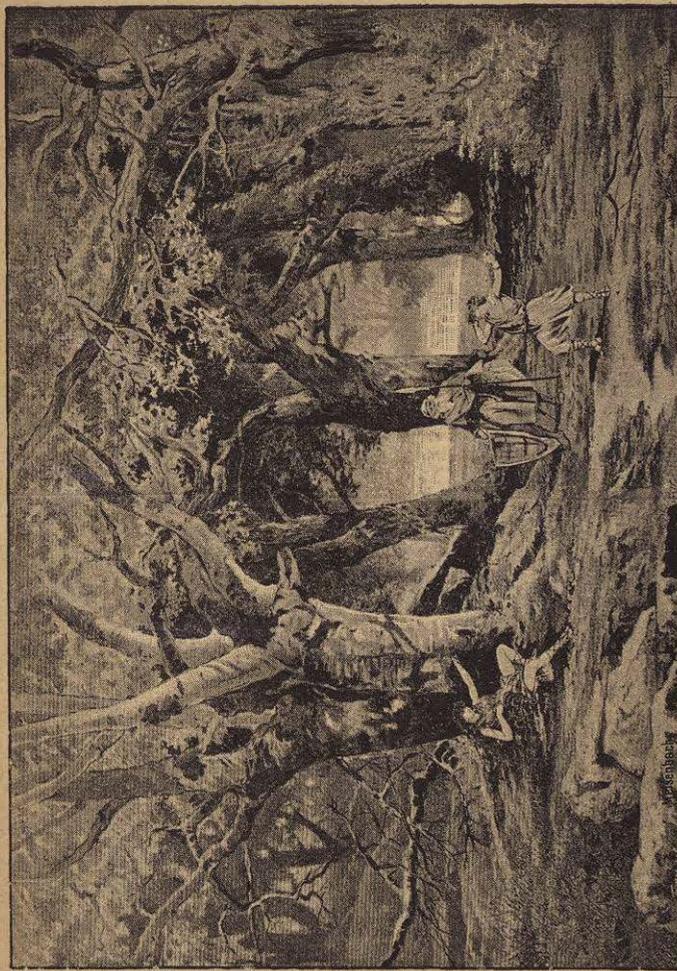
KUNDRÍA (con viveza).—Verdad que derribó á malhechores y gigantes: todos temían al débil muchacho.

PARSIFAL.—¿Quién me temía? ¡Habla!

KUNDRÍA.—Los malos.

PARSIFAL.—Los que me amenazaban, ¿eran malos, dices? ¿Y quién llamáis bueno? (Guernemancio se ríe).

GURNEMANCIO (serio).—A tu madre, de quien te



escapaste y que sufre y se desespera ahora por tu desaparición.

KUNDRÍA.—Su dolor ya cesó: tu madre ha muerto.

PARSIFAL (muy asustado).—¿ Muerta? ¿ Mi madre? ¿ Quién lo dice?

KUNDRÍA.—Yo pasé por delante de ella y la ví morir: me dijo que te saludara á ti, loco.

(Parsifal se precipita furiosamente sobre Kundría y la agarra por el cuello).

GURNEMANCIO (deteniéndole).—¡ Insensato! ¿ Otra vez violencias? ¿ Qué te ha hecho esa mujer? Ha dicho la verdad. Kundría no miente; no ha mentido nunca y tantas cosas nos ha referido ya...

(Cuando Gurnemancio ha librado á Kundría, Parsifal se queda un rato inmóvil; luego le dan fuertes convulsiones).

PARSIFAL.—¡ Ayl... ¡ me muero!

(Kundría corre apresuradamente á un manantial del bosque, trae agua en un cuerno, rocía á Parsifal y después le da de beber).

GURNEMANCIO.—¡ Bien hiciste! Devolver bien por mal. Los preceptos del Gral así lo mandan.

KUNDRÍA (se vuelve con tristeza).—¡ Yo nunca hago el bien! Lo que yo quiero es reposo. (Mientras Gurnemancio cuida solícitamente de Parsifal, Kundría penetra inadvertida en una mata). ¡ Reposo! ¡ Reposo á la extenuada! ¡ Sueño! ¡ Ojalá nadie me despierte! (Levantándose con ímpetu). No, no; ¡ no sueño! ¡ Estoy aterrorizada! (Después de un grito sordo, le dan fuertes convulsiones; luego deja caer los brazos como extenuada de fatiga, inclina profundamente la cabeza y se aleja vacilando). ¡ Inútil! resistencia! La hora ha llegado. A dormir, á dormir: no puedo más.

(Se cae detrás de la mata y permanece inadvertida. Desde el lago suena un alboroto y se descubre en el fondo el séquito de caballeros y escuderos que se van acercando con la litera).

GURNEMANCIO.—El rey vuelve del baño; el sol está ya muy alto; ahora deja que te acompañe, pues si eres puro, el Gral te dará de comer y beber. (Obliga á Parsifal á que le ciña suavemente el cuello con sus brazos, y le sostiene abrazándolo á su vez; así le acompaña andando á pasos lentos).

PARSIFAL.—¿Quién es el Gral?

GURNEMANCIO.—Esto no se dice; pero si tú también eres de los elegidos, sabrás quien es. ¡Mira! Me parece que te conozco bien: no hay camino material que conduzca á él y no pueden recorrerlo los que él mismo no guíe.

PARSIFAL.—Apenas ando, y ya me parece que estoy lejos.

GURNEMANCIO.—Ya ves, hijo mío; aquí el tiempo se convierte en espacio.

(En tanto que Gurnemancio y Parsifal parecen empezar á andar, la escena se transforma insensiblemente de izquierda á derecha: de este modo desaparece el bosque; en un peñasco se abre una puerta, por la que entran ambos; luego se les vuelve á ver en galerías ascendentes, las que recorren en apariencia. Se oyen de lejos las trompas, cuyos acordes sostenidos crecen gradualmente: el tañido de las campanas parece acercarse. Por fin llegan á una gran sala, que remata en la parte superior una cúpula, por la que penetra la luz. Desde lo alto de la misma se oye un tañido cada vez mayor).

GURNEMANCIO (dirigiéndose á Parsifal que está como encantado).—Ahora presta atención y veamos si eres loco y puro, cualquiera que sea el saber que te está reservado.

(En ambos lados del fondo se abre una gran puerta. Por la derecha entran los caballeros del Gral en procesión solemne y se colocan junto á dos largas mesas puestas, que se corren paralelamente, de modo que quede libre el centro de la sala; en las mesas hay copas, pero no viandas. Los caballeros entran cantando lo siguiente):

CABALLEROS DEL GRAL.—Estamos cada día preparados para el último banquete, aunque lo fuese el que hoy celebramos. Al que practica buenas obras, séale dado repetirlo: acérquese á la mesa y reciba el supremo bien.

VOCES DE HOMBRES MÁS JÓVENES (procedentes de media altura de la sala).—Como el héroe de la redención humana derramó gustoso su sangre por los pecados del mundo, sufriendo mil atroces dolores, pueda yo hoy derramar la mía en su nombre. El cuerpo que se ha sacrificado para redimirnos, viva en nosotros por su muerte.

VOCES DE MUCHACHOS (procedentes de la parte más elevada de la cúpula).—La fe vive; la paloma mensajera propicia del cielo, revolotea. Bebed el vino que, por vosotros se ha vertido y recibid el pan de la vida.

(Por la puerta opuesta entra Amfortas traído en la litera por escuderos y hermanos sirvientes. Delante de él avanzan algunos muchachos llevando una caja cubierta de un manto purpúreo. Este cortejo se dirige hacia la parte central del fondo, donde se halla un lecho elevado y cubierto por un baldaquino, en el que se deposita á Amfortas; delante del mismo hay una mesa de mármol prolongada en forma de altar, sobre la que los muchachos depositan la caja cubierta; y cuando todos los caballeros han tomado ya asiento en las mesas, sucede al canto un silencio algo prolongado. Desde el extremo del fondo, de un nicho abovedado que se halla detrás del lecho de Amfortas, sale, como de un sepulcro, la voz del viejo).

TITUREL.—¡Amfortas, hijo mío! ¿Estás oficiando ya? (Silencio). ¿Tendré hoy la dicha de ver de nuevo al Gral y vivir? (Silencio). ¿Habré de morir sin que me acompañe el Salvador?

AMFORTAS (en un arranque de dolorosa desesperación).—¡Ah! ¡Desdichado de mí! ¡Padre mío, oficia tú otra vez! ¡Vive y deja que me muera yo!

TITUREL.—Por la gracia del Redentor, yo vivo

en la tumba; pero soy demasiado débil para servirle: ¡expía tu culpa en su servicio! ¡Descubrid al Gral!

AMFORTAS (apartando á los muchachos).—¡No! ¡Dejadle cubierto! ¡Ay! ¡Que nadie, nadie sienta el dolor que yo experimentaré á la vista de lo que á vosotros os entusiasma! ¿Qué es la herida, la crueldad de sus dolores, comparada con la pena, con la pena infernal de estar condenado... á este oficio!? ¡Dolorosa herencia, la que me ha tocado! á mí, único pecador entre todos, obligado á guardar el más sagrado de todos los santuarios y á implorar la bendición para los puros! ¡Oh, castigo, castigo sin igual, que me inflige la cólera de Dios todo misericordioso! Fuerza es que implore su gracia desde lo más profundo de mi corazón y que la merezca por medio de la penitencia expiatoria: la hora se acerca: ya desciende un rayo de luz sobre la obra sagrada; el velo cae; el divino contenido del vaso sagrado empieza á enrojarse é iluminarse; embriagado del celeste placer producido por el dolor, siento verterse en mi corazón la fuente de la sangre divina: la corriente de la mía pecadora retrocede precipitadamente y refluye con ímpetu al mundo de la expiación de los pecados; de nuevo rompe la presa y brota de esta herida, igual á la infernal, con la misma lanza en el costado del Salvador, de aquel que por el ardor divino de su piedad lloró con lágrimas de sangre los pecados del mundo; y en este sagrado lugar brota la sangre impura, del cuerpo del guardián de los bienes divinos y del bálsamo de la Redención! ¡Piedad, piedad! ¡Dios todo misericordioso, piedad! ¡Despójame de mi herencia, cierra mi herida, haz que muera santamente y renazca en tu gracia! (Cae desmayado).

VOCES DE MUCHACHOS (de la cúpula).—«El loco casto, iluminado por la compasión: espera al que yo he elegido.»

LOS CABALLEROS (en voz baja).—Así se te anunció; espera y no desmayes; ¡hoy oficia!

LA VOZ DE TITUREL.—¡Descubrid el Gral!
(Amfortas se ha vuelto á levantar silenciosamente. Los muchachos descubren la caja dorada, sacan de la misma el «Gral» (copa de cristal antiguo), quitan la envoltura que le cubre y lo colocan delante de Amfortas).

LA VOZ DE TITUREL.—¡La bendición!
(En tanto que Amfortas se inclina hacia el vaso con devoción y rezando en voz baja, luz crepuscular, cada vez más intensa, invade la sala).

MUCHACHOS (desde la cúpula).—¡Tomad mi sangre, por nuestro amor! ¡Tomad mi cuerpo y acordaos de mí!

(Un rayo de luz deslumbradora baja de la cúpula sobre el vaso, y éste se va colorando de púrpura cada vez más vivo. Amfortas, en éxtasis, levanta al «Gral» y lo agita suavemente en todas direcciones. A la entrada del crepúsculo todos están ya arrodillados y dirigen devotamente sus miradas hacia el «Gral»).

LA VOZ DE TITUREL.—¡Oh, placer divino! ¡Cuán brillante se nos presenta hoy el Señor!

(Amfortas vuelve á depositar el «Gral», el cual palidece á medida que se va desvaneciendo el crepúsculo; luego los muchachos encierran otra vez el vaso en la caja y la cubren como antes. Al reaparecer la claridad primitiva, se vuelven á divisar las copas que se hallan sobre las mesas y que ahora están llenas de vino, teniendo cada una un pan á su lado. Todos se sientan para celebrar el banquete y así también Gurnemancio, quien deja un puesto libre junto á sí é invita con un signo á Parsifal á participar de la comida: pero Parsifal permanece á un lado inmóvil y mudo, como extático.—Cantos que alternan durante la comida).

VOCES DE MUCHACHOS (de la parte superior de la cúpula).—El señor del Gral, por la fuerza de su amor y de su piedad, convirtió el vino y el pan de